

BIOÉTICA: RADIOGRAFÍA DE UNA CRISIS. DE LA CUESTIÓN NOMINAL A UNA FIGURA DE LA RACIONALIDAD PRÁCTICA.

Agustín Estévez*
Universidad Nacional del Sur

Dos condiciones requieren el relato histórico de algo: la percepción biográfica del sujeto que relata y la crisis que se suscita en el discurso de lo relatado. La primera por ser biográfica quedará diferida, aunque juega un rol significativo en la articulación del relato. Lo que se relatará aquí es la historia reciente de la bioética; sus avatares y cambios son el tema de interés en este artículo.

Existen dos etapas cronológicas de la disciplina: la de su fundación y sus fundadores y la de su expansión e institucionalización. La primera tuvo lugar en Estados Unidos en la década de los setenta e intentó introducir el principio de autonomía en el mundo de la salud y la medicina. El cuerpo teórico de la disciplina se orientó hacia el llamado Principialismo, formulado en el famoso texto *Principios de ética biomédica* de Beauchamp y Childress. Contrario a lo que hoy se sostiene, fue una época muy crítica frente al poder hegemónico de las profesiones sanitarias, en la que primaba el pluralismo y la tolerancia que se añoran en la actualidad. No dejaron de existir ilusiones y utopías, tampoco pudieron preverse los grandes cambios históricos que acontecieron en los cuarenta años siguientes.

En la Argentina, mi país, la bioética entró a fines de la década de los ochenta, dos motivos preocupaban por entonces a los profesionales de la salud: los juicios de mala praxis y el crecimiento inicial de la investigación clínica farmacológica. Había expectativas, pero permanecieron ambiguas. Los primeros comités de bioética que surgieron se sostenían más por el entusiasmo de sus miembros que por una inserción

* Agustín Estévez pertenece a la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Buenos Aires, Argentina.

real en los medios hospitalarios en los que actuaban. De cualquier manera, en algunas instituciones sanitarias se contaba con comités de bioética asistencial, a los que varios profesionales se acercaron, muchas veces para buscar consejos jurídicos y otras por genuino interés. Asimismo, las autoridades hospitalarias, muy interesadas en la investigación clínica, utilizaron estos comités para que funcionaran como comisiones de ética para investigación. Sin embargo, la necesidad y los intereses de dichas autoridades no les permitieron ver que estas comisiones de ética para investigación tenían en Estados Unidos una tradición diferente a la de los comités de bioética y una función totalmente diferenciada.¹ Una de carácter claramente regulatorio y de control; la otra de carácter deliberativo y de consejo. Esta confusión en parte impidió ver las particularidades de los comités de bioética y el papel especial que ahí jugaba dicha disciplina, que estimo relevante para la reflexión ética general.

Un rasgo esencial de la bioética sigue siendo *el principio de autonomía*, que introducía en el mundo de la medicina al paciente como persona. Se trataba de algo más que comprensión, ahora se basaba en los derechos y, sobre todo, en la posibilidad de deliberación sobre cuestiones que afectaban a pacientes y usuarios. Cuestiones complejas como la justicia sanitaria, el consentimiento del paciente y la toma de decisiones sobre tratamientos se exponían públicamente, dejando de ser cuestiones exclusivas de los expertos. Fue proverbial el establecimiento de los Comités de Ética Asistencial, ya que allí se discutía y deliberaba sobre cuestiones éticas de la práctica médico-hospitalaria. Estos organismos no sustituyeron la reflexión ética ni el derecho, pero aportaron una especie de *poiésis* moral en lo clínico y prudencial, que sirvió para institucionalizar la ética autónoma en las prácticas médicas. No hay duda de que los comités de bioética no tuvieron el éxito esperado, debido a que las tradiciones libertarias eran ajenas al mundo de las profesiones de la salud, por lo que pronto perdió vigor el impulso inicial. La profesionalización de la bioética ganó terreno. El bioeticista experto sustituyó al comité deliberativo. Su figura era más acorde con las tradiciones académicas y científicas de la medicina. Para la gestión hospitalaria era más natural tratar con las opiniones de un experto que con las dificultades deliberativas de un comité, en el que además había que aceptar la presencia de legos representantes de la comunidad. La bioética se medicalizó y perdió su impulso crítico inicial, domesticándose. Más recientemente, en los medios confesionales, la bioética se incorporó como un capítulo significativo de la teología moral. La reflexión ética y el pluralismo se sustituyeron por posiciones dogmáticas desde las cuales se limitó la posibilidad de diálogo. La pluralidad de convicciones y una confianza ilustrada en la razón dialógica se dejaron de lado por un pragmatismo ciego e ideológico. La bioética se fragmentó en facciones que respondieron más a una posmodernidad residual que a una auténtica puesta de problemas. Sin embargo, aunque la bioética fracasó en el

¹ Véase Agustín Estévez. (Enero-Marzo, 2007). Comités de Ética, Comités de Bioética y Comités de Ética de Investigación independiente: una cierta confusión. *Revista de la Asociación Médica de Bahía Blanca*, 17 (1), 18-23.

mundo de la vigencia, ha dejado huellas, valores y cuestiones que deben recordarse en un ejercicio de la memoria, mitad histórico, mitad reflexivo.

La reflexión y el relato historiográfico se generan ante la crisis del presente. Es un camino que intenta abrirse paso ante la insuficiencia de la actualidad. Se buscan vetas, se intenta restablecer lo que pudo ser, se piensa en órdenes ideales. Es una actividad de cierre y de apertura a nuevas significaciones.

La bioética emergió en los setenta como una renovación del pensamiento ético, que pretendía un compromiso con la realidad moral y social. Curiosamente, todo se generó a partir de un nombre que señalaba como tarea una mediación casi imposible. Potter la anunciaba: “instaurar un puente entre los valores y la biotecnología” (1971, p. 1). Surgía casi por azar y naturalmente *bioética*. El término estatúa un nuevo campo para el conocimiento, pero era más un proyecto y una tarea que algo establecido. La indeterminación del nombre era lo significativo, todo quedaba por hacerse, ese era el verdadero desafío.²

La primera especificación del nombre bioética fue el término *ética biomédica*, mucho más comprensible y tranquilizador. Ahora el tema lo constituía la autonomía del paciente, es decir, la introducción de sus derechos en la relación terapéutica. La bioética *principialista* fue una especificación ulterior. El vocablo bioética era demasiado ambicioso e imposible de manejar.³

La Teoría de los Principios de la Ética Biomédica constituyó la primera aproximación filosófica a la bioética, la cual abrió el juego a una nueva dimensión de la ética. En un valioso trabajo, Ricardo Maliandi⁴ resumió las fuentes que inspiraron el clásico texto de Beauchamp y Childress. En el mostró sus limitaciones, pero también el acierto de su pluralismo de principios. Asimismo, resaltó la indeterminación de los principios y su no jerarquización, a la luz de una compleja Ética Convergente que unió la ética del discurso con el rico y atrayente concepto de conflictividad, evitando así la unilateralidad de las posturas fundamentalistas. Maliandi observó que si se le da primicia a un principio, se niega y ofende a los otros, con lo que se establece una compleja conflictividad. La tarea de una razón moral comprometida es establecer una convergencia, una especie de compensación del principio desplazado. Esto sin duda contrasta con las posturas radicales y fundamentalistas vigentes que han hecho de la bioética algo fragmentario y parroquial. Estimo que Maliandi, con su trabajo, introdujo en nuestro país una genuina reflexión filosófica sobre el campo de la bioética, a través de una cuidadosa reflexión académica y personal que enriqueció el ámbito de la bioética y el de la ética general.

2 Véase Agustín Estévez. (2002). *Bioética, de la cuestión nominal a la caracterización de su concepto*. (Primera Parte, pp. 11-46). Bahía Blanca: Editorial de la Universidad Nacional del Sur.

3 Cabe comparar el nombre *bioética* con el de *metafísica*. Ambos nacieron del azar, encierran un sentido aún por encontrar y comparten la fuerza de su indeterminación.

4 Véase Ricardo Maliandi. (2008). *Teoría y Praxis de los Principios Bioéticos*. Remedios de Escalada, Lanús, Provincia de Buenos Aires: Ediciones de la Universidad Nacional de Lanús.

Lo importante es preservar el diálogo argumentativo y la dimensión crítica de la razón. Pero el principal logro de la bioética secular y del Principialismo lo constituye el establecimiento de los Comités Hospitalarios de Ética; estos organismos suscitaron demasiadas expectativas, ya que abrieron la posibilidad de un encuentro entre distintos saberes, entre expertos y ciudadanos legos y entre profesionales de la salud y pacientes, a través de un diálogo transdisciplinario que posibilitaba dar respuestas consensuadas a problemas puntuales.

Los comités se constituyeron como organismos críticos en los que se favoreció la deliberación democrática contrapuesta al paternalismo médico tradicional. Se generó una dimensión moral autoconsciente a la que se denominó Ética Aplicada. Esta determinación de la bioética sirve tanto para caracterizar a una ética aplicada específica y a la ética biomédica como para especificarse a sí misma: La bioética es ética aplicada. Como tal tiene una relevancia pública, que Bayertz⁵ destacó.

No se tratan en esta subdisciplina ni cuestiones de validez ni de decisión. Es preciso alcanzar consensos para problemas puntuales que surgen como dilemas para los que no hay criterios en la moral común vigente. Las cuestiones que ocupan a las distintas éticas aplicadas constituyen problemas para todo el mundo, no son temas académicas que solo interesan a un público experto y necesariamente limitado. Son consecuencias de acciones que afectan el bienestar de la gente y sus creencias. De esta manera, las respuestas que generan las éticas aplicadas están enmarcadas institucionalmente. Los comités de bioética funcionan dentro de instituciones, lo que quiere decir que si bien es importante su independencia para asegurar decisiones imparciales, estos operan articulando sus decisiones y consejos dentro de reglas institucionales.

Es interesante constatar los cambios que las éticas aplicadas producen en el filósofo moral. Este ya no aparece como una conciencia crítica excepcional, es un profesional más entre otros que delibera también junto a ciudadanos afectados por las consecuencias de las decisiones adoptadas. Aunque se le atribuya un saber experto hay que insistir en que no hay expertos en moral. Todo ser humano, por el solo hecho de serlo, tiene un interés moral inmediato y es capaz de un saber moral que lo orienta en sus decisiones. Esta atribución es parte esencial de su dignidad y suposición de toda reflexión moral. Por supuesto que la ética normativa y la metaética exigen una formación especial que se valora como útil para la toma de decisiones en los comités de bioética.

La Ética Aplicada se presenta como una metodología argumentativa que intenta tomar decisiones concertadas en cuestiones particulares para las que no hay normas claras en la moral vigente, pagando el precio de asumir un pragmatismo que difiere del tema de la fundamentación. Dicha metodología privilegia el acuerdo y la armonización

5 Véase Kurt Bayertz. (2003). La moral como construcción. Una autorreflexión sobre la ética aplicada. En A., Cortina y D., García-Marzá (Eds.), *Razón pública y éticas aplicadas* (pp. 47-69). Madrid: Tecnos.

de los intereses de las partes actuantes, por lo que no puede asumir el papel de la reflexión moral normativa, ni sustituir sin más aquellos valores que la comunidad no discute. Sin embargo, al igual que la reflexión ética, supone una moral en crisis que no da respuesta a los nuevos desafíos de la práctica y que en algunas dimensiones ya no orienta al agente moral.

Una figura de la racionalidad práctica en bioética: el *lego* ilustrado

Entre los miembros de los Comités Hospitalarios de Ética y los Comités de Ética de Investigación existe un miembro que siempre ha sido difícil de definir: el representante de la comunidad ¿Qué condiciones debe tener este participante? ¿Cómo se elige? ¿Qué formación debe tener? Estas cuestiones me condujeron a formular una figura de la racionalidad bioética: *el lego ilustrado*. Me parece que aquí se resume el desafío de la bioética: la mediación entre el discurso experto y la deliberación ciudadana.

No niego que esta sea una utopía, pero creo que desde el punto de vista hermenéutico tiene consistencia. Se puede recurrir a dos fuentes clásicas de la filosofía occidental: el prudente de Aristóteles y el hombre ilustrado de Kant.⁶

¿Quién es el *lego*?

El término *lego* tiene un sentido relativo. Si significara absolutamente ignaro no tendría relevancia. Alguien es *lego* con relación a una experticia de la que carece. En lo de ser *lego* hay grados, se es en parte experto, en parte *lego*. Pero en otro sentido, también se puede decir que todos somos *legos* ¿Se puede devenir *lego*? Es como lanzarse al vacío. Y este parece ser el desafío de la bioética: El movimiento mismo de devenir *lego* a partir del propio marco disciplinario. Ser *lego* es en este caso salir fuera del propio saber, oír otras voces e intentar construir un lenguaje con categorías permeables. Es un acto de humildad que se realiza en nombre de los derechos de los pacientes y los sujetos de investigación. Es un desandar para volver a aprender y rehacer las propias representaciones. No es fácil por esto caracterizar al *lego*, ya que constituye un ideal a realizar, es lo que aún está pendiente. El desafío de la bioética es recobrar al hombre, comunicarse con la comunidad y preservar los derechos de los pasivos ¿Pero quién es el *lego*? Solo puede serlo el hombre común.

Dos grandes filósofos hablaron de la dignidad del hombre común, pero lo hicieron desde distintas perspectivas; Aristóteles caracterizó al prudente, Kant al hombre ilustrado. Seguirlos es comenzar a elucidar el sentido ideal de *lego*.

6 Ambas figuras están vinculadas con la deliberación. A esa dimensión pragmática de lo práctico, a un saber común y de experiencia que promueve un intelecto *poiético*, personal y comunitario, en el que se produce y se renuevan los contenidos de la moral vigente.

El hombre prudente en Aristóteles.

La ética de Aristóteles presentaba una tensión entre dos formas de vida características. La vida ético-política y la vida contemplativa. En la primera se situaba el ciudadano, que era el hombre común de Aristóteles. En la segunda se ubicaba el filósofo y, más que el filósofo, el sabio. Vida activa la primera, vida contemplativa la última. El sistema en su conjunto era de tipo naturalista, porque se basaba en una antropología esencial que privilegiaba la vida intelectual del hombre y concebía como superior la vida contemplativa. Sin embargo, más de la mitad de la *Ética a Nicómaco* está dedicada al tema de la virtud, la cual constituye el concepto clave de la vida ético-política.

Seguiré la interpretación de Pierre Aubenque,⁷ ya devenida en clásica, que destaca, sin desmedrar la visión contemplativa, la dimensión humana como la propiamente ética y notablemente original del Estagirita.

Aristóteles tuvo la convicción de que la moral era algo propio y exclusivo de los hombres, ya que suponía sentimientos, afectos y pasiones.

En última instancia, la moral es la regulación de esas instancias. Por lo tanto, de moral solo se puede hablar en la comunidad política. Es asunto de los hombres obrar, hacerlo con ciertas cualidades y exigir otro tanto a los otros. Pero cabe aclarar que este hombre de Aristóteles tiene ciertas condiciones imprescindibles. Debía de ser ciudadano, lo que implicaba estar liberado de toda clase de tareas serviles, porque los que estaban ligados a esas servidumbres no eran ciudadanos: el comerciante, la mujer, el niño y, por supuesto, el esclavo. Todos tenían formas de dependencia que no eran compatibles con la libertad (*eleuteria*) que exigía la vida moral.

En este sentido, la ética aristotélica es aristocrática. Es una ética de señores ciudadanos entre los que reina la más estricta reciprocidad; para decirlo en términos actuales, es una democracia participativa restringida. En ella todavía no se habían escindido las dimensiones modernas de política y moral. La moral estaba implicada con el Estado, porque la función de este no era solo la de satisfacer las necesidades de los asociados, sino la de proporcionarles la más alta forma política civilizatoria, la Polis. Ese era el lugar donde los hombres expresaban sus excelencias, donde obraban con cualidades dignas de recordar.

Si se pudiese reducir el sentido primero de esta ética aristocrática se tendría que decir que su problema era ofrecerle la vida más noble al ciudadano libre. Las formas más libres de una vida significativa eran para Aristóteles la vida ética y la vida contemplativa. La primera era la del hombre cotidiano, del ciudadano; la otra era tan especial que el propio filósofo se preguntaba si no era sobrehumana, de allí salieron el ideal del Sabio estoico y las corrientes de la Patrística griega.

7 Véase Pierre, Aubenque. (1963). *La Prudence chez Aristote*. Paris: PUF.

De un tiempo a esta parte se ha destacado la actualidad de Aristóteles no solo en temas epistemológicos, lógicos o retóricos. Se ha reinterpretado toda la tradición de la virtud, y se ha mostrado un pensamiento aporético y trágico del filósofo.

En particular, y en lo que se refiere a la ética, el tema de la prudencia ha abierto una riquísima tradición interpretativa. La prudencia en Aristóteles era una virtud y un carácter.

La virtud es una disposición adquirida tras frecuentar valores, la cual se configura como una segunda naturaleza. La prueba de que se posee la virtud es la espontaneidad. Obrar moralmente es obrar en el sentido de la naturaleza, por tanto con goce. Pero además, lo que proporciona la prudencia, que es a la vez una virtud del carácter y de la inteligencia, es un obrar moral y eficaz en una situación concreta. Lo más notable es que esta virtud abre el juego a un conocimiento de lo particular, que ahora viene a caracterizar a la moral misma. No solo resulta sorprendente la manera en como Aristóteles derivó esta virtud, sino que lo hizo a partir de la existencia del prudente (*fronimos*), que se constituyó en criterio mismo de la virtud. La definición de virtud ya lo incluye.

El prudente era el hombre que obraba lo mejor para sí y para sus congéneres en la vida cotidiana, no era un sabio, era más bien un hombre serio y diligente: un hombre de experiencia. Lo peculiar de su saber era que no se transmitía, era único. En la actualidad, la prudencia abre un campo a un conocimiento que se diferencia del conocimiento científico porque es contingente y particular. Pero además tiene su lógica: una lógica del descubrimiento, que es a lo que Aristóteles llamó dialéctica.

Existe una lógica inductiva y probable que usamos para dar razón de nuestras opiniones. Pero Aristóteles, a diferencia de Platón, era partidario de una epistemología pluralista, la cual se menciona en la misma *Ética a Nicómaco*⁸: No todo dominio de lo real requiere de la justeza matemática, el método depende de la naturaleza del objeto. Mientras que para Platón el canon del conocimiento era el matemático, para Aristóteles había valor cognoscitivo en las opiniones. Estas, suficientemente elaboradas, configuraban la experiencia que para Aristóteles era un proceso de racionalidad operado por los hombres de una manera argumentativa y práctica.

El prudente era el hombre moral, ya que se ocupaba de lo que era bueno para sí mismo, para los demás y para su comunidad. Es moral porque el mundo es contingente; en un mundo necesario no se podrían tomar decisiones ni deliberar. Ambas actividades suponen un mundo indeterminado. En ese sentido, para Aristóteles la ética se oponía a la ciencia, ya que la primera se relacionaba con lo que podía ser de otra manera, en tanto la ciencia se asociaba con lo necesario.

8 Véase Aristóteles. (2007). *Ética a Nicómaco* 1094 b14. (Edición y traducción de E. Sinnott). Buenos Aires: Colihue Clásica.

Aubenque señaló como se ligaba la deliberación con la práctica del sistema democrático.⁹ La deliberación está a medio camino entre la necesidad de la ciencia y el azar, es del orden de lo opinable, y por eso necesita del trabajo en conjunto de la asamblea. El hombre prudente era deliberativo, en cambio el hombre de ciencia, experto, del modelo platónico se caracterizaba por lo monológico y por una certeza absoluta.

El prudente vivía en un mundo humano estructurado por valores y virtudes. Deliberaba sobre lo posible y esperaba el acuerdo dialógico, por eso se le otorgaba tanta importancia en aquel mundo político a la oratoria, a su peculiar lógica. No solo se trataba de convencer, sino de legitimar en un mundo indeterminado que exigía criterios discursivos y de reconocimiento.

El hombre prudente tenía una cultura integral, no era un empírico: “Es un hombre con una visión de conjunto, pero lo que ve es una totalidad concreta –el bien total de la comunidad o del individuo– y no esta totalidad abstracta y según Aristóteles irreal que era el mundo platónico de las ideas” (Aubenque, 1963, p. 57).

El hombre ilustrado en Kant.

Kant fue el filósofo de la libertad y de la dignidad del hombre. Para él, el filósofo no inventaba la moral, la descubría en el hombre común. La ley moral era la misma para el filósofo y para el hombre de la calle. Era un hecho, y si Kant iba tras la fundamentación del hecho era porque el hombre tenía propensiones que lo alejaban de la moral y lo extraviaban de su destino.

Entonces, la tarea de la ética es proporcionar un criterio para evitar esa tendencia a excusarse del rigor de la moral. El valor supremo es la buena voluntad, aquello que tiene valor absoluto, aquello que nos hace instaurar la propia ley. Porque *autonomía* en Kant quería decir que somos nosotros, como seres racionales y finitos, los autores de la ley. La moral se define por un sujeto capaz de universalizarse. Esa capacidad, que es sobre todo su voluntad interior, es la que constituye la dignidad del hombre. Es fin en sí mismo, no puede ser instrumentalizado ni cosificado, su dignidad intransferible lo impide. El concepto de *deber* era para Kant el concepto moral por excelencia. Como lo expresó en su *Crítica de la Razón Práctica*: “No puede ser nada menos que lo que eleva al hombre por encima de sí mismo (como una parte del mundo de los sentidos), lo que le enlaza con un orden de cosas que sólo el entendimiento puede pensar” (1963, p. 171). El hombre toma conciencia por medio del deber de que es un ser de dos mundos, pero esa conciencia solo tiene valor por la exigencia del devenir moral, tarea que es infinita porque nunca se cierra la brecha, y la moralización del mundo es un trabajo inconcluso.

9 Pierre, Aubenque. (1963). *La Prudence chez Aristote*. Paris: PUF.

Para Kant, en todos los órdenes, lo esencial era la libertad, es decir, la capacidad del hombre de determinarse por sí mismo, sin tutelajes ajenos. Esto cobró una importancia especial en su filosofía política y de la historia, en donde se inscribió el pequeño ensayo titulado *¿Qué es Ilustración?*¹⁰ de 1784. Me interesa este texto en particular porque Kant hizo uso del término *Ilustración*, inscribiéndose él mismo en esa importante tradición de Occidente. El texto también hace referencia a ciertos resortes que según Kant otorgaban un sentido progresivo a la historia. Para Kant la Ilustración era la caracterización de una época; era la salida a la mayoría de edad, en la que se es capaz de hacer uso propio de la razón. Pero parece que el hombre prefiere a veces mantenerse en la minoría de edad para evitar pensar y que alguien lo haga por él. Cultura de andadores. Pensar por sí mismo y mantener un espíritu crítico son tareas que requieren valor. Claro que Kant no presentaba estas exigencias en abstracto, estaba pensando en el poder y en la libertad de expresión que precisaba el hombre docto. Sin embargo, una teoría absoluta de la soberanía como la de Hobbes lo impedía.

Kant intentó defender la libertad de expresión y dar su opinión en una Prusia aún gobernada por Federico el Grande. El progreso de la historia precisa de esos hombres que son capaces de hacer uso de su propia razón, de esos *Aufklärer* que son como parteros de los nuevos tiempos. Se sabe que en Kant el motor de la historia estaba dado por los egoísmos competitivos de los/as individuos, lo que llamaba *la insociable sociedad humana*, que, sin embargo, arranca al hombre de su naturalidad animal y lo civiliza disciplinándolo. Pero no hay progreso posible si el ciudadano no puede expresar sus opiniones haciendo uso público de la razón, esto es dirigiéndose a un público sabio.

Kant usaba un término muy singular para nombrar el uso que de la razón hacía aquel que era súbdito, el funcionario, lo llamaba *razón privada*. Es la razón del burócrata que solo hace uso de la razón técnica, porque su primera obligación es obedecer. La frase con que Kant caracterizaba al ilustrado era todo un desafío que se puede considerar vigente: *Sapere Aude* (atrévete a saber). La divisa de ese movimiento aún sigue siendo, pese a los excesos, una de las grandes tradiciones de Occidente, la de libertad y pensamiento. Allí se inserta el tema de la ciudadanía.

El lego ilustrado.

La doble comprensión del prudente de Aristóteles y el hombre ilustrado de Kant me permite formular la figura del lego ilustrado. Antes que nada es un ideal, un tipo, un carácter en el sentido de los modelos que Aristóteles ponía en su ética para ilustrar las virtudes. Una personalización de cualidades morales y de deliberación participativa.

Concibo al lego ilustrado en comunidad, ejercitando las virtudes, buscando la excelencia que solo es posible en el ámbito político de la Ciudad. Su cultura, como

¹⁰ Véase Immanuel Kant. (s. f.). *¿Qué es Ilustración?* Recuperado de: www.interbook/kant/Ilustración/Iluskant.html.

la del prudente, será retórica, porque tendrá que persuadir y convencer con razones. Sabrá elegir –como el prudente– la mejor opción en una situación singular, ejercitando la deliberación con los demás para alcanzar acuerdos.

El adjetivo *ilustrado* muestra que el término *lego* no puede tomarse como absoluto. El lego se define con relación a un cierto saber experto, pero no es ignorante. En ese sentido, habría que referir el término ilustrado a la formación del buen sentido, de un sentido común que, como lo mostró el filósofo Eric Weil, no es ajeno a la filosofía.¹¹ En todo caso, ese buen sentido es un saber que ha tomado su estructura discursiva de la filosofía. El lego dispone así de una cierta cultura, una cultura media entre la pura opinión y el saber experto. Pero suficiente para dotarlo de la capacidad discursiva que es la base de toda relación dialógica.

En la idea de ilustración se incluye un proceso de totalización, pero no el de un Absoluto devorador que obliga a las generaciones actuales a que se sacrifiquen por las futuras, las cuales ni siquiera existen como para reclamarles algo; o una supuesta humanidad a la que tendrían que someterse los sujetos de investigación, por ejemplo, según un pretendido altruismo que les exigen científicos y promotores. Un proceso de totalización de valor ético debe ser para el individuo, para cada uno de nosotros. Para que de a poco, todos los días, vayamos haciendo un mundo mejor.

A Kant se le debe el concepto de *ideal regulativo* que ha permitido pensar en una filosofía de la historia con sentido humano. El ideal regulativo representa una totalidad formal, un esquema que es indeterminado porque su contenido será el de la libertad humana, que por esencia no puede determinarse de antemano. Bajo esa totalidad hipotética se puede pensar la figura del lego, que es el hombre común transformado en dueño de su destino, sin duda una idea que como tal opera en la voluntad de quien se ha decidido por la moral o, en este caso, por promover una genuina comunicación y colaboración entre los distintos agentes del proceso terapéutico y de investigación clínica.

Si se concibe al lego ilustrado como figura de la bioética se tendría que decir que se constituye como una representación simbólica de la comunidad. En momento de mediación de esa dimensión dual de la bioética entre discurso y movimiento, conocimiento y acción. El lego es una figura de intermediación. Bajo esta perspectiva se podría generalizar y decir que en cierto sentido somos todos legos en bioética, en la

11 Véase Eric Weil. (1982). *Bon Sens et Philosophie*. En *Philosophie et Réalité*. Paris: Beauchesne. Este autor concebía al sentido común como una orientación práctica y de sentido de la vida, que constituía de alguna manera la materia prima de la filosofía, y recibía a su vez el influjo del discurso de esta: “Sin Pitágoras, sin Parménides, sin Platón, sin Leibniz, no hay cálculo diferencial, sin cálculo diferencial no hay técnica moderna, ni progreso según la acepción del buen sentido” (p. 78). En suma, el buen sentido hace posible la marcha del mundo de todos los días, es el sentido del hombre común que está orientado en el mundo, en su propio mundo. Aunque la filosofía nazca porque algo de este mundo no va de suyo, el filósofo, si quiere permanecer hombre, no puede desdeñar las condiciones del buen sentido. Weil observaba agudamente que la sabiduría que el etnólogo destacaba en un buen sentido de una comunidad histórica era para los que viven en ella innombrable, porque era operativo. El buen sentido no habla sino que obra, y obra a partir de un saber sapiencial que hace temática a la filosofía. La relación entre filosofía y buen sentido es entonces dialéctica, de oposición y complementación.

medida en que salimos de nuestro propio campo disciplinar para ir en busca de otro, con el fin de encontrar relevancia social en nuestros propios saberes, pero sobre todo para encontrar ese lugar de unión entre el experto y el no experto.

Este lugar tiene dos dimensiones, por una parte el tema del consentimiento informado, es decir, de la voluntariedad del no experto en el tratamiento y en la investigación que establece la primera relación entre el médico, el científico, el paciente y el sujeto de investigación. Se puede hablar de estos últimos como legos y agregar que la información presupone una cultura en el sujeto, eso si no queda en la nebulosa el consentimiento informado. La otra dimensión corresponde a la evaluación de un sistema tecnocientífico particular que es doble: interna y externa.¹²

El lego cumple un papel esencial en la evaluación externa. Como bien dijo Olive¹³, el público en general tiene una participación necesaria para evaluar aquellos aspectos que afectarán su vida y el entorno en el que viven. De lo que se trata es de una participación activa de no expertos y expertos para decidir sobre distintos sistemas tecnológicos.

En el caso de los Comités de Ética de Investigaciones se requiere la participación de todos sus miembros para lograr un consenso argumentativo. Tomando de nuevo como referencia al lego ilustrado, lo concibo en el seno de los comités de bioética como el miembro laborioso que, sin distinción de profesiones, es capaz de trabajar mancomunadamente. Es capaz de reconocer la importancia de los procesos de estandarización, sabe que de eso depende la objetividad y seriedad de la evaluación de protocolos. Pero no se queda en este aspecto importante, pero procedimental. Es capaz de iniciar procesos participativos y actuar en redes solidarias, en realidad ya efectuó desde su conciencia una decisión por la moral. El asunto es tan fácil como indecible, basta con decidirse por la moral. La moral siempre está a la mano, basta con decidirse. El lego sabe que esa capacidad constituye a la raza humana, no es una inclinación, sino un trabajo y un compromiso, tiene la clara patencia de que

12 León Olive ha aclarado con precisión estos dos aspectos. La evaluación interna de los sistemas técnicos tiene que ver con conceptos como la eficiencia, que alude a la adecuación de los medios a los fines, la factibilidad, asociada a la posibilidad lógica y material de realización de un sistema, y la fiabilidad de una eficiencia estable. Por otra parte, la evaluación externa alude al contexto social, ya que se toma en cuenta a los seres humanos y sus necesidades legítimas. Cualquier proyecto tecnológico tiene que abarcar las consecuencias y el impacto en la sociedad y en la cultura. La evaluación externa tiene que ver, por tanto, con la visión del lego. Se trata del cuidado del entorno natural y el ambiente humano. Es esta doble evaluación la que posibilita una gestión común a expertos y no expertos, la cual se da en un CEI. Asimismo, cabe preguntar sobre qué bases enjuicia un protocolo alguien que no es científico ni experto. La respuesta posible es sobre la base de que los sistemas tecnológicos son susceptibles a una doble evaluación. Y lo que se juzga es siempre un sistema particular, una investigación acotada en la que sin duda se implican diversos actores, con intereses varios que pueden producir conflictos o, por un poder hegemónico, dejar de lado las consecuencias éticas o los perjuicios que sufra algún usuario del sistema. A veces puede existir un principio de precaución frente a daños hipotéticos, tal fue el caso que ilustró Olive con la reducción de la capa de ozono, debido a los clorofluoruros que se usaban en refrigeración. Al respecto véase León Olive. (2000). *El bien, el mal y la razón, facetas de la ciencia y de la tecnología*. (Cap. 6). México: Paidós.

13 *Ibidem* (p. 128)

la dignidad del hombre hay que defenderla todos los días, ya que siempre se pone a prueba por los que quieren instrumentalizarla.

Se puede pensar al lego ilustrado como iniciador de una tarea, la de la educación de las instituciones, que terminará por modificar la misma práctica médica y de investigación, ya que esta no será una relación paternalista entre los investigadores y promotores y el sujeto de investigación. Este será activo partícipe de un proceso comunicativo en el que se cumplirán altos estándares morales. Se humanizará la medicina y la investigación clínica.

No cabe duda de que el concepto e idea de lego ilustrado es ambigua, pero es pertinente preguntarse si su valor no residirá en esa indeterminación inquietante. Por un lado la idea de lego ilustrado es una tarea, es lo que falta para que la investigación clínica y la práctica médica tengan la estructura dialógica de un intercambio colaborativo. No más hegemonías, ni discursos únicos. Colaboración entre expertos y no expertos. Información relevante para un público al que lo afectarán, de una u otra manera, las consecuencias de la investigación y la tecnología médica. En el seno de los comités, el lego ilustrado señala una figura aglutinante y, a la vez, un ideal de lo que Mainetti llamó *la amicitia societatis*. Es ese lugar de puente y encuentro en donde el hombre cotidiano deviene prudente, hombre ilustrado, ser humano que se ha decidido por la moral y el compromiso.

Pero el lego ilustrado, como figura de la bioética, es un genuino enigma que impulsa a una tarea de desciframiento, y de esta manera motiva al pensamiento, al resguardar ese significado de la bioética que siempre se termina por banalizar, limitándolo. El carácter paradójico del lego ilustrado preserva la dualidad de la bioética que varias veces he mencionado.

Conclusión

La bioética es a la vez disciplina y discurso público. El carácter práctico de la disciplina es el que habitualmente hace que se la caracterice como Ética Aplicada. Como tal, tiene una serie de características que desafían al pensamiento ético habitual. La ética aplicada es práctica, es decir, es relevante para plantear problemas morales y sociales, problemas que requieren solución y son vistos como tal por todo el público. Es pragmática, o sea, busca facilidades para un consenso eficaz en detrimento de principios sustanciales y fundamentaciones absolutas. Se da y cultiva en un medio institucional; el éticista o filósofo moral es uno más en un grupo de expertos y no expertos comprometidos con respuestas que pide un público ajeno a las disciplinas representadas.

La bioética requiere de un concepto explícito de moral, esto es de un núcleo deontológico que ponga límites también al pragmatismo. Un pragmatismo a ultranza disuelve a la bioética. Es a partir de este concepto de moral que la bioética diferenciará en la investigación clínica dos niveles. Uno al que llamaré *cuasi moral* o *contractual*, el cual es ético-jurídico y

tiene que ver con las distintas normas-leyes, reglamentos que regulan la investigación y la práctica médica. Otro que tiene una dimensión moral y bioética propiamente dicha, que tiene que ver con la participación de legos en proyectos de investigación y en tratamientos médicos por consecuencias que los afectan. Idealmente, esta dimensión se personalizará con la figura del lego ilustrado, un genuino tipo.

Un oportuno artículo de Diego Gracia¹⁴ recuerda que la investigación clínica actual es posible gracias al *principio de autonomía* que quiebra la moral naturalista de la medicina tradicional. El hombre puede decidir participar en experimentos que no le traigan un beneficio directo, esto lo puede hacer por distintos motivos siempre que sea su voluntad. Las consecuencias del principio de autonomía van más allá del consentimiento informado, ya que se exige la participación real de los distintos sujetos afectados. Es aquí que se requieren ciertas condiciones ideales que sugieren la idea de lego ilustrado, debido a que solo su mediación y transformación podrá generar un nexo entre los dos extremos de la relación de investigación y la de médico-paciente.

Finalmente, tomando como punto de arranque el papel del compromiso tímido que se les da en las distintas reglamentaciones a los no expertos en los Comités de Ética de Investigación, se idealiza ese papel en la figura del lego ilustrado, que más que una función o un individuo es un carácter o un tipo, como los que Aristóteles consideraba en su ética para ilustrar y deducir sus virtudes éticas. Me he inspirado en dos grandes filósofos que, desde perspectivas muy diferentes, han valorado al hombre común, Aristóteles y Kant. Los aspectos de sus teorías interpretados convenientemente permiten caracterizar al lego ilustrado: Una idea bajo la que se piensa a un hombre con una razón discursiva y dialógica que obra en un medio público y que media entre el público y los expertos. Solo un ilustrado es razonable, pero lo es como una característica de una ciudadanía universalizada.

El lego ilustrado viene a simbolizar esta dualidad constitutiva de la bioética entre disciplina y discurso público, entre conocimiento y acción.

Se podría objetar ¿para qué invertir tanto trabajo en una idea que no es útil y que parece pura abstracción? Hay que reafirmar que la reflexión filosófica no busca en principio servir, sino que intenta ser una suerte de ensayo, pero si llega a ser verdadera y responde a lo real también será útil. Tal sería el caso si esta idea de lego ilustrado inspirara hipótesis que en ciertos aspectos pudiesen verificarse o sugiriese sentimientos que posibilitaran la fe en compromisos bioéticos. En todo caso, es relevante en este momento recordar una distinción clásica en epistemología entre contexto de validación y contexto de descubrimiento. Pienso que la reflexión filosófica se inscribe en el contexto de descubrimiento; lo pensado ha de servir de sugerencia para que luego, en la forma de hipótesis, las ciencias empíricas puedan validar su eventual aplicación.

¹⁴ Citado en Agustín Estévez. (Enero-Marzo, 2007). Comités de Ética, Comités de Bioética y Comités de Ética de Investigación independiente: una cierta confusión. *Revista de la Asociación Médica de Bahía Blanca*, 17 (1), 18-23.

El lego ilustrado es un ideal, algo pensado. Pero si su concepto ha de tener interés práctico se debe señalar un dominio donde encontrarlo. Esta no es una tarea fácil en nuestros países, donde las cuestiones morales están distorsionadas. Por exceso o defecto, parece existir una falta de sensibilidad moral, una carencia de sentido moral.

Florencia Luna¹⁵ observó la existencia de la discriminación y del maltrato respecto a los sujetos en la investigación biomédica y psicosocial. A las poblaciones vulnerables se les considera ignorantes, incapaces de comprensión. Se discrimina entre profesionales de la salud y otros profesionales en el mismo marco de la investigación. Los investigadores sociales quedan subordinados a los médicos en el medio hospitalario.

Se conciben valores comunes heredados, entre ellos la autonomía, el pluralismo, la tolerancia y los derechos humanos, como si fueran extraños. Se escucha con frecuencia que la tutela de esos valores es propia de los países desarrollados, pero que en los nuestros carece de sentido. Se perpetúa así una cultura inercial, autoritaria, promotora de indiferencia y subdesarrollo. Pero el hecho mismo de la crítica se debe a que se puede concebir otro mundo, para a partir de allí pensar en cambios. Hay en nuestros países valores, tradiciones religiosas y culturales que han permitido que una situación de iniquidad estructural no termine por aniquilarnos. Es en el seno de las mismas donde tal vez se puedan hallar huellas del lego genuino. Será suficiente destacar algunas características sin señalar profesiones, status o dedicaciones. El lego tendrá que estar cerca de grupos vulnerables y comprometerse con personas con una capacidad restringida para tomar decisiones, ya sea por razones físicas o sociales. En este último caso, se piensa en poblaciones marginales que carezcan de opciones o les falte educación suficiente para comprender la información relevante para realizar un consentimiento informado válido. Sin embargo, como bien decía Arboleda-Florez¹⁶, el hecho de pertenecer a una población vulnerable no significa incompetencia sin más, esto resultaría humillante y constituiría un prejuicio inconsistente, en el que a veces caen los expertos. El lego bien podría ser miembro de una población vulnerable, no obstante parece razonable reconocer que hay grados en que la vulnerabilidad afecta. El lego como tal es un hombre común, y está enraizado en la matriz afectiva de los valores de su comunidad, pero a la vez dispone de una completa capacidad reflexiva, ya que usa libremente su razón, a esto alude el término ilustrado. Las condiciones de este ejercicio no siempre se dan en nuestros países; suele favorecerse por razones políticas o económicas a una minoría de edad permanente para muchos grupos sociales, o vivir fuera del sistema por en un estado de miseria atroz. Es así que el lego ilustrado, con un fuerte compromiso social, tal vez mantenga una distancia del grupo al que se refiere,

15 Véase Florencia Luna. (2001). Respeto hacia las Personas e Investigación. En *Documentos de Trabajo N° 8: Ética, Investigación y Ciencias Sociales* (pp. 14-22). México: El Colegio de México.

16 Véase Julio Arboleda-Florez. (1999). La investigación en sujetos humanos: Poblaciones vulnerables. En A. Pellegrini Filho y Ruth Macklin (Eds.), *Investigación en Sujetos humanos: Experiencia Internacional* (p. 85). Santiago de Chile: Programa Regional, OPS-OMS, Serie Publicaciones.

para disponer de una condición que le asegure una libertad mínima de acción. De esta manera, el lego ilustrado es alguien comprometido socialmente, con un sano sentido, buen juicio y virtudes, el cual se constituye en el interlocutor real entre los expertos y un público que tiene que estar mejor informado, porque cada día le afectan más las innovaciones del mundo tecnocientífico.

El lego ilustrado es una idea, una fe práctica para aquellos que se comprometen con una bioética de estilo comunitario que exige compromisos éticos y apunta a un concepto clave de la vida moral: el de virtud. En este sentido, concuerdo con Fernando Lolas cuando caracteriza a la bioética como un constructivismo moral, una genuina poiesis de las sociedades democráticas que ha de exigir a una especie de hermenéutica de lo cotidiano sacar a luz “las inercias del hábito moral” (Lolas, 2000, p. 225).

Entonces, tras el ideal del lego ilustrado, aparece una bioética dialógica en la que “saber es participar y la educación es una forma de hacer-saber para integrar a las personas a la sociedad” (p. 227). Si se piensa así a la empresa de investigación biomédica, esta se tiene que concebir como una tarea en la que todos somos legos, para que esta empresa devenga en una comunicación social legítima, en la cual el flujo de información exponga y aclare los intereses de cada cual. Tal vez el cumplimiento puntal de esto sea una utopía, pero mientras tanto se irá construyendo una cultura en ética de la investigación.

Esta cultura exige el conocimiento de las pautas y normativas éticas de la investigación internacional y la comprensión de esas matrices afectivas en que se configuran los valores comunitarios, los cuales son esenciales para que se apliquen dichas normas y se transformen en compromisos concretos y orientaciones de comportamientos. Con la figura del lego ilustrado pienso en esta mediación.

Asimismo, pienso en la necesidad de tomar en cuenta los derechos de los pacientes y usuarios de los sistemas de salud, sus deseos y también sus valores. La cuestión en última instancia es de ética, pero también de política, al menos de aquella que exige que se informe al mundo con estos ideales. También es preciso la prudencia y la paciencia. La propia historia de la bioética tiene dos caras: Una historia interior marcada por un deber ser ideal y la historia de los hechos que muchas veces nos descorazona.

Referencias

- Aubenque, P. (1963). *La Prudence chez Aristote*. Paris: PUF.
- Kant, I. (1963). *Crítica de la Razón Práctica* (Traducción por García Morente). Madrid: Editorial V. Suarez
- Lolas, F. (2000). Sobre Constructivismo Moral: Necesidad de una Axiografía Empírica. *Acta Bioética*, VI (2), 223-229.
- Potter, V. R. (1971). *Bioethics: Bridge to the Future*. Nueva Jersey: Prentice Hall.